

# Timidez, género y movilización social

*Shyness, Gender and Social Mobilization*

*Timidez, gênero e mobilização social*

Rocío A. Castillo

El Colegio de México, Ciudad de México, México

Recibido el 27 de junio de 2018; aceptado el 6 de mayo de 2019

Disponible en Internet el 15 de agosto de 2019

---

**Resumen:** La timidez es un estado emocional poco trabajado por las ciencias sociales, no obstante que es una emoción muy presente en la vida de las mujeres. Este artículo analiza la timidez desde una perspectiva de género para mostrar que es un estado emocional fundamental en la construcción de relaciones de poder *generizadas*, al tiempo que, con base en un estudio de corte etnográfico con dos organizaciones de base migrante en Texas, plantea la importancia de la subversión emocional, es decir, de las transformaciones subjetivas (en este caso de la timidez) como fundamentales en los procesos de movilización social de mujeres en contextos de alto riesgo. Así, incita a futuras investigaciones académicas a mirar no solo aquellos recursos objetivos que motivan a las mujeres a la movilización, sino sobre todo al ámbito de lo subjetivo, pues es ese el lugar desde donde ellas se reconstruyen a sí mismas como mujeres activistas.

*Palabras clave:* Emociones; Género; Timidez; Movimientos sociales; Mujeres activistas; Migración

**Abstract:** Shyness is an emotional state that has rarely been studied in the social sciences, even though it is an emotion that is very much present in the lives of women. This article analyzes shyness from a gender perspective to show that it is

*Correo electrónico:* rcastillo@colmex.mx, ORCID: 0000-0003-1139-6373

Debate Feminista 58 (2019), pp. 53-75

ISSN: 0188-9478, Año 29, vol. 58 / octubre de 2019-marzo de 2020/

<http://doi.org/10.22201/cieg.2594066xe.2019.58.03>

© 2019 Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones y Estudios de Género. Este es un artículo Open Access bajo la licencia CC BY-NC-ND (<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>).

a fundamental emotional state in the construction of gendered power relations. At the same time, on the basis of an ethnographic study on two migrant-based organizations in Texas, it proposes the importance of emotional subversion, in other words, of subjective transformations (in this case, of shyness) as fundamental in the processes of social mobilization of women in high-risk contexts. Accordingly, it encourages future academic research to not only look at those objective resources that motivate women to mobilize, but above all at the subjective level, since this is the place where they reconstruct themselves as women activists.

*Key words:* Emotions; Gender; Shyness; Social movements; Women activists; Migration

**Resumo:** A timidez é um estado emocional pouco trabalhado pelas ciências sociais, embora seja uma emoção muito presente na vida das mulheres. Este artigo analisa a timidez a partir duma perspectiva de gênero para mostrar que é um estado emocional fundamental na construção de relações de poder *generizadas*. Baseado num estudo etnográfico com duas organizações de base de migrantes no Texas, o artigo faz questão da importância da subversão emocional, isto é, das transformações subjetivas (neste caso de timidez) como fundamentais nos processos de mobilização social das mulheres em contextos de alto risco. Assim, incentiva a futura pesquisa acadêmica a olhar não apenas para os recursos objetivos que motivam as mulheres a se mobilizar, mas, sobretudo, ao nível subjetivo, já que esse é o lugar a partir do qual se reconstroem como mulheres ativistas.

*Palavras-chave:* Emoções; Gênero; Timidez; Movimentos sociais; Mulheres ativistas; Migração

---

## Introducción

“No, no había sido nunca así [de aventada], así no”, decía Lucía<sup>1</sup> mientras bebíamos café en un Starbucks. Unos días antes fue entrevistada en televisión nacional en el programa *The Daily Show*.<sup>2</sup> Yo llevaba ya unos meses en Austin, la capital texana, y pese a su estatus de migrante irregular, la había visto protestar frente al capitolio texano, dar entrevistas en televisión y radio, hablar con senadores estatales y nacionales, y organizar reuniones entre distintas organizaciones de la sociedad civil austinita. Por eso, cuando Lucía me confesó, preocupada, que se sabía una mujer muy tímida, me sorprendió.

<sup>1</sup> Los nombres reales han sido sustituidos por pseudónimos a solicitud de las participantes.

<sup>2</sup> *The Daily Show* es un programa de televisión estadounidense de cobertura nacional e internacional. De corte liberal, su objetivo es parodiar los programas de noticias hegemónicos nacionales.

Esta sorpresa me la llevé con casi todas las participantes del estudio, pues todas aseguraban ser mujeres muy tímidas.

Durante 12 meses, entre 2014 y 2015, participé activamente en dos organizaciones de migrantes que luchaban en contra de las deportaciones en la ciudad de Austin, Texas: University Leadership Initiative (ULI) y Austin Immigrant Rights Coalition (La Coalición). A partir de la etnografía, participación observante y varias entrevistas a profundidad llevadas a cabo con las activistas y otros miembros de las organizaciones aliadas, logré una saturación de significados que me permitió identificar y analizar, en este caso, la timidez como una emoción determinante de los modos de participación política de mujeres migrantes en situación irregular. Mediante un proceso de codificación aislé y definí los conceptos *emic*<sup>3</sup> y las principales preocupaciones de las participantes en relación con su participación política. Tomo la descripción no como la expresión de datos objetivos de un evento o una sociedad, sino como una construcción compleja que permite explicar elementos que son significativos para los participantes, sus relaciones y normas de interacción en distintos espacios, temporalidades y frente a diversos actores.

Estas dos organizaciones de base migrante estaban conformadas, en su mayoría, por mujeres: casi todas latinoamericanas (sobre todo mexicanas), de primera generación o generación 1.5<sup>4</sup> y en una situación migratoria irregular. Durante ese año, por el contexto político local y nacional, su objetivo era terminar con el Programa Comunidades Seguras —que permitía a las policías locales actuar como agentes migratorios— y detener las deportaciones que aquejaban a la población local. El nivel de esfuerzo y riesgo requerido para lograr estos objetivos se reflejaba en lo reducido de sus bases y el cansancio físico y emocional de sus integrantes. Esto no quiere decir que les faltase entusiasmo, sino que hacían uso de distintas estrategias para mantener la energía física y emocional necesaria para llevar a cabo las actividades de su organización.

<sup>3</sup> El término *emic* se refiere a lo que es relativo a, o implica el análisis de fenómenos culturales desde la perspectiva de quien es partícipe de la cultura estudiada.

<sup>4</sup> En los estudios migratorios, la generación migrante es una categoría que ha sido utilizada para distinguir las diferencias de capitales, recursos, capacidad de integración y rasgos culturales que distinguen a aquellas personas nacidas un país distinto a su lugar de residencia, de aquellas cuyos padres o abuelos fueron migrantes. Sin embargo, con el aumento de migración infantil a Estados Unidos a partir de la Amnistía migratoria de 1986, se ha distinguido una generación intermedia entre la primera y la segunda, llamada generación 1.5, que hace referencia a aquellos migrantes que nacieron en el lugar de origen, pero por haber migrado durante la infancia, crecieron y adquirieron rasgos culturales y capitales del lugar de destino distintos a los de sus padres.

Autores como Jones-Correa (1998) han planteado que las mujeres migrantes en Estados Unidos tienen una mayor participación política en espacios dirigidos a la transformación del lugar de destino que en organizaciones dirigidas al lugar de origen (como los clubes de oriundos). Esto se debe a que en el lugar de destino logran posicionarse en relaciones de poder relativamente más privilegiadas que en su país de origen gracias a que tienen más acceso a las instituciones públicas que sus contrapartes hombres, quienes a su vez experimentan un decremento relativo de su poder, tanto en casa como en el espacio público. No obstante, en algunos casos, las búsquedas de estos espacios de participación de las mujeres fueron guiadas por el deseo de construir redes de apoyo y lazos afectivos más allá del espacio laboral y familiar para resistir anímicamente el proyecto migratorio.

Laura, una mujer mexicana con estatus irregular, declaró en una entrevista: “Y esa es otra [...] yo tenía esa necesidad de convivir con más gente por lo mismo de que me sentí sola mucho tiempo; empezar a formar a las amistades... me fui haciendo [valiente] porque al final yo te puedo decir que yo, aunque no me creas, era una mujer muy tímida, desde niña” (Laura, activista, 1ª generación, entrevista, enero de 2015). Como he argumentado en otro lugar (Castillo, 2017), la división sexual del trabajo en Austin genera distintas experiencias emocionales. Por estar confinadas a espacios domésticos, la soledad es una emoción común para las mujeres en la vida cotidiana. Además, la mayoría de ellas experimentaron una presión que las obligaba a aislarse, no solo para protegerse de *la migra*, sino también por la constante vigilancia de la familia política, decidida a mantener el orden de género en un contexto que se percibía como *libertinaje* femenino. Su condición de mujeres les permitió el acceso a distintos espacios, pero fueron la soledad y el aislamiento los que las llevaron a buscar nuevos espacios y gracias a ellos llegaron finalmente a estas organizaciones.

Sin embargo, ya como integrantes activas de las organizaciones, las nueve mujeres participantes en la investigación experimentaron una serie de transformaciones personales, como ellas las nombran, que les permitieron devenir activistas (u organizadoras) y no meramente participantes. Las organizaciones les ofrecieron un espacio de subversión emocional (Besserer, 2014) que les permitió enfrentarse a la estructura afectiva a través de la cual se regulan las relaciones sexogenéricas. Aquí sostengo que comprender la forma en que estas activistas migrantes, voluntaria o involuntariamente, transformaron el mundo interno de sus subjetividades —y resignificaron, en el proceso, su

experiencia social— es esencial para analizar fenómenos como la agencia, el cambio social, la resistencia y la participación en movimientos sociales de alto riesgo. Siguiendo las provocaciones intelectuales de Marcela Lagarde (2000), la reparación de la desigualdad y la injusticia social, sobre todo cuando se habla de sujetos feminizados, no puede pensarse sin recalcar la importancia de los daños que ellas han sufrido en su subjetividad. En particular, este artículo trata de desentrañar el papel que jugó el manejo de la timidez en su devenir activistas. El objetivo es mostrar la timidez como una cualidad del género, en este caso expresada como un estilo de interacción de las activistas migrantes, como una práctica y como una forma de las relaciones de poder específicas que determina la manera de posicionarse en el espacio político y de involucrarse en la movilización social. En este sentido, planteo la importancia de explorar aquellos elementos de la subjetividad que limitan o amplían la acción de las mujeres, en este caso, en espacios de participación política.

Con esto en mente, el artículo está dividido en dos partes: en la primera se discutirá y definirá la timidez, y aquello a lo que yo llamo “timidez de género”. La segunda versará sobre la relación entre la timidez de género y la movilización social.

## **La timidez como objeto de las ciencias sociales**

La Ilustración y el pensamiento científico moderno colocaron la racionalidad como centro de la organización social, como valor básico de la ciencia, y como cualidad primordial del hombre. Pese a que movimientos como el romanticismo intentaron revalorizar las pasiones y los sentimientos, no lograron contrarrestar la distancia que las sociedades “modernas” tomaban frente a la “emocionalidad” de las “sociedades tradicionales” (Goodwin, Jasper y Polleta, 2001; Greco y Stenner, 2008). Aunque distintos en muchos aspectos, representantes destacados de las ciencias sociales como Norbert Elias, Max Weber, Talcott Parsons y otros, asociaron el movimiento hacia la razón, en contraposición con la emoción, con la formación de la civilización moderna (Calderón Rivera, 2014). No obstante, durante las últimas décadas, el giro afectivo ha visibilizado los afectos y las emociones como objetos sociales y culturales fundamentales para comprender el mundo.<sup>5</sup> Con un pie en el femi-

<sup>5</sup> La discusión sobre la diferencia conceptual entre afecto y emoción rebasa los objetivos del presente texto; no obstante, aquí se entiende el afecto como aquellos fenómenos preconscientes y extra-

nismo, la antropología y la sociología han sido las disciplinas a la vanguardia de su análisis y su uso como lente explicativo. La primera se ha centrado en comprender “la dimensión afectiva como un elemento central en la cultura, ya que permite construir una ligadura entre lo psíquico, lo individual y lo social” (Calderón Rivera, 2014, p. 14), y en explicar cómo son reguladas y normadas culturalmente. La segunda ha sido particularmente fructífera en la construcción de marcos teóricos que nos permiten entender la distribución estructural y social de las emociones en la construcción de la sociedad.

Desde hace décadas, la lente emocional ha sido utilizada en el estudio de los movimientos sociales. En particular se han analizado aquellas emociones que favorecen o entorpecen la actividad colectiva. Con esto en mente, las emociones más analizadas en la bibliografía transdisciplinar son sobre todo el enojo, la indignación, el miedo, el amor y la solidaridad (Jasper, 2011; Tejerina *et al.*, 2013). La timidez, sin embargo, no ha sido tan estudiada ni desde los estudios de los movimientos sociales ni desde otros campos de las ciencias sociales. La psicología ha sido la única disciplina que ha incursionado en su análisis. Sin embargo, se ha enfocado en la timidez desde la perspectiva clínica del desarrollo infantil como una cualidad psíquica adquirida por la falta de apoyo parental.

Este artículo es un intento de incluir la timidez como un objeto de estudio relevante y como una emoción fundamental en el análisis de las relaciones de poder y sus mecanismos de preservación; sobre todo aquellas relaciones de poder ejercidas a partir del género (aunque atravesadas por la raza, la clase, el estatus migratorio y la nacionalidad). Planteo que la timidez es una emoción esencial para mantener el orden de género, en este caso estudiado en un contexto migratorio de participación política. Y que, por esta razón, manejarla y controlarla les permitió a las activistas migrantes expandir su campo de acción, sus redes sociales y, sobre todo, posicionarse a sí mismas desde un yo político reconfigurado en los contextos de alta vulnerabilidad en donde desarrollaban su actividad política.

Ahora bien, propongo pensar la timidez como un estado emocional complejo; es decir, compuesto por emociones primarias (miedo) y secundarias (vergüenza). Las emociones primarias son aquellas que, desde una perspec-

---

conscientes ligados íntimamente a la materialidad y la corporeidad; mientras que las emociones se categorizan como fenómenos relacionados con la conciencia, aunque no separados de la corporeidad.

tiva psicoevolutiva, son compartidas universalmente desde el nacimiento. Comúnmente se clasifican como emociones primarias el miedo, el enojo, la tristeza y la alegría. En cambio, las emociones secundarias son aquellas que resultan “de la transformación de una reacción emocional más básica, [...] por su conjunción con un elemento autoevaluativo” (Extebarria, 2009, p. 176); es decir, que requieren la consciencia de un yo. Entre las emociones secundarias más comunes encontramos la vergüenza, el orgullo, la culpa y la indignación. Es importante subrayar que las emociones secundarias dependen de una consciencia de sí, arraigada en un contexto cultural específico a partir del cual el yo se evalúa a sí mismo de acuerdo con las expectativas sociales dadas por ese contexto: lo que es fuente de vergüenza en una cultura, no lo es en otra, pues las expectativas sociales divergen. Es esta autoevaluación anclada en normas sociales lo que ata las emociones secundarias con lo moral. En la combinación de ambas —donde el miedo, por ejemplo, se da hacia un otro que se percibe como superior, y la vergüenza, como la incapacidad del sujeto de lograr ser como ese otro que se percibe superior—, el estado emocional resulta de la percepción de un yo disminuido y en deferencia hacia otros.

Para la psicología, la timidez se establece durante los primeros años de vida como un miedo a lo extraño, que se percibe como peligroso. La timidez disminuye o se refuerza dependiendo del tipo de lazos afectivos generados con los padres. Desde una perspectiva sociocultural, la timidez puede entenderse como una forma impuesta de sentir que regula ciertas interacciones sociales y que determina la posición de cada sujeto en la estratificación social, así como su agencia. Aunque esta descripción puede parecer similar a la baja autoestima, se diferencian en que esta última no implica necesariamente una inhibición o un retraimiento de la interacción social, que sí es una característica de la timidez.

Podría parecer que mi propia conceptualización de la timidez de género en un contexto de movilización social contiene una carga moral que la categoriza como una emoción “negativa”. Esta es una reflexión elemental, pues me permite delinear algunas características de lo que aquí llamo timidez de género. En torno a este argumento, se desprende que el *deber ser* de una activista y su agenciamiento como tal solo puede darse en la medida en que no sea tímida; es decir, no permite “reivindicar” el derecho a la timidez como un estado emocional válido en la participación política. Esto es altamente relevante por la importancia que han cobrado las demandas por la legitimidad de las personas introvertidas como una forma de *ser* en el mundo.



No obstante, así como distinguí conceptualmente la baja autoestima de la timidez, me parece que también es diferente de la introversión.

Desde la psicología, la introversión es un tipo psicológico de personalidad caracterizado por un mayor interés en el mundo interior que en el exterior. Se trata de personas retraídas socialmente, pues tienden sobre todo a la introspección. A diferencia de la timidez de género que aquí se plantea, la introversión no necesariamente es un estado emocional; pero, sobre todo, no está basada en el sentimiento de un yo disminuido y deferente hacia los otros. En este sentido, el retraimiento social es uno de los síntomas visibles de ambos estados, pero sus causas, y por lo tanto, los procesos de significación que de estos emanan, son muy diferentes. Aunque sería deseable que la introversión no implicase opresión en el ámbito de la participación política, la conceptualización de timidez de género aquí presentada lleva en sí misma, en el seno de su construcción, la marca de la desigualdad.

Aunque todas las personas experimentan la timidez en algún momento de su vida, este estado emocional, como otros, está sujeto al contexto, así como a la etapa de la vida y al desarrollo psíquico de cada persona, como lo plantea la psicología. No obstante, la timidez se puede entender como una forma apropiada de relacionarse, impuesta social y culturalmente a las mujeres y reforzada a lo largo de sus vidas. Se puede observar fácilmente cómo en muchos contextos las mujeres hablan en tonos bajos; cuando toman la palabra, lo hacen dubitativamente y se excusan de “estar hablando de más”, etcétera. Un ejemplo paralelo a esto sería la sobrerrepresentación de la ira en los hombres. No es que las mujeres no sientan ira, sino que la expresan y se sienten legitimadas a sentirla en distinta medida que los varones. Aquí la timidez se entiende no solo como un rasgo de la personalidad, sino además como una emoción que regula las relaciones sociales. Es consecuencia del cruce de estructuras emocionales impuestas y apropiadas por las mujeres desde el orden de género, y de las estratificaciones de clase y raza, las cuales determinan cómo sienten y cómo expresan dichas emociones, cómo se relacionan con otros, qué se intercambia en dichas relaciones y con qué posibilidades y capitales emocionales cuentan para resistirlas o transformarlas.

Para comprender a fondo la timidez desde una perspectiva sociocultural, es necesario establecer su base emocional: el miedo y la vergüenza. El miedo “es una emoción sobre todo preocupada por la preservación de uno mismo” (Ahmed, 2015, p. 108). Engloba distintas sensaciones corporales y matices de sentimientos, casi siempre desagradables, que limitan la acción



social, política y espacial del sujeto a partir de un encogimiento del cuerpo. El miedo, aunque universal, no se encuentra repartido de forma homogénea en la sociedad, ni se siente, significa y expresa de la misma forma en distintas configuraciones culturales. De acuerdo con Kemper (2006), quien propone que las emociones se distribuyen a nivel socioestructural en relación con el poder y el estatus en que se encuentran colocados los sujetos, el miedo es una emoción relacionada sobre todo con el poder (o, mejor dicho, la falta de poder), más que con el estatus.

A diferencia del miedo, la vergüenza se define como una emoción moral y secundaria, porque para existir necesita el desarrollo del *yo* que evalúa sus actos frente a las expectativas de otros. La vergüenza indica la percepción de “un fallo general (o totalizador) del propio yo que se autoevalúa (o percibe) como inútil, inadecuado, devaluado” (Mancini, 2016, p. 197). En el planteamiento de Cooley (citado por Ariza, 2016), la vergüenza es el proceso normativo a partir del cual el sujeto asume la posición del otro que observa (sea real o ficticio) anticipando sus expectativas y valorándose a sí mismo en desventaja frente a estas. La vergüenza es entonces “el autocastigo impuesto por haberse salido del tono normativo general, por haberse expuesto. La paradoja emocional de la vergüenza radica precisamente en la necesidad o exigencia de ocultamiento luego de esta exposición excesiva” (Mancini, 2016, p. 168). Es por esta razón que frente a una autoevaluación anticipada del otro (ficticio o real), la vergüenza conlleva a la inhibición de la interacción social.

## La timidez de género en un contexto migratorio

Casi todas las activistas que entrevisté enfatizaban haber sido muy tímidas durante gran parte de su vida. Encontré que en la reflexión, esta timidez la atribuían al contexto social en el que se desarrollaron de jóvenes. Por ejemplo, Lucía me explicaba que cuando era chica, a diferencia de sus hermanos varones, creció sobreprotegida por ser mujer: “Yo, cuando estaba en México... mis papás siempre me tuvieron como en una burbujita de cristal” (Lucía, activista, 1ª generación, entrevista, enero de 2015). Sus progenitores controlaban adónde iba, hasta qué hora, con quién hablaba, cómo hablaba, etcétera. Esto, reflexionaba ella, limitó sus relaciones sociales e, incluso, su nivel educativo, ya que le prohibieron seguir estudiando la licenciatura cuando terminó la prepa, pues les parecía peligroso que ella *anduviese en la calle*. Lucía reflexionaba que esto la hizo sentir como si no pudiera tomar sus

propias decisiones y *ser aventada*; le costaba trabajo acercarse a la gente y era muy miedosa. Desde esta perspectiva, la burbuja, como frontera invisible a una transgresión de género, le impidió aprender cosas nuevas, poner a prueba sus capacidades y perseguir retos nuevos. Todo velado por un halo de timidez que se presentaba como si fuese una cualidad inherente e individual, poco relacionada con la diferenciación de género.

En la narración de Andrea —activista nacida en México, pero criada en Texas— sobre su infancia, es posible observar cómo el miedo moldea los cuerpos, define y constriñe sus movimientos, sus prácticas y sus relaciones sociales, concatenándose a su vez con otras emociones como el desmerecimiento (que resulta en timidez), la vergüenza y la confusión:

Pero también me di cuenta de que la razón de que no saliéramos mucho era que mis padres tenían miedo de la policía [...] la mayor parte del tiempo, yo también estaba atemorizada, muy atemorizada. Como... nos limitábamos... como que si necesitábamos ir a lavar la ropa, lavábamos, hacíamos la compra y a veces los domingos íbamos al parque. Ese era el momento más feliz, porque era la única cosa que hacíamos diferente de nuestra rutina, porque no queríamos arriesgarnos; ellos le tenían mucho a la policía y también pedían muchas disculpas. Como... cada vez que veían uno [un policía], bajaban la mirada o empezaban con que "no se pongan nerviosos, niños", y nosotros, "¿por qué habríamos de ponernos nerviosos?". Entonces es precisamente por eso que yo... en la escuela éramos realmente tímidos, todos nosotros (Andrea, activista, generación 1.5, entrevista, diciembre de 2014).

El miedo, como lo plantea Andrea, no solo constreñía sus movimientos y sus relaciones sociales, sino que también construía sujetos migrantes particulares: tímidos, nerviosos, temerosos y que se disculpaban ante sus opresores.

El orden de género impone distintas formas de sentir y de expresar dichos sentires, lo cual resulta en el desarrollo de distintas habilidades y el aprendizaje de performatividades de género adecuadas. En tanto sujetos contruidos como mujeres, las mexicanas identificaban su ser tímidas como parte de su personalidad. El orden patriarcal de los sentimientos se interioriza de tal manera que la timidez se transforma en una cualidad individual, obscureciendo las estructuras de relaciones de poder que le dan forma y que localizan a los sujetos en distintas posiciones frente al poder. La timidez de género es el correlato emocional del concepto de *autoestima de género* propuesto por Marcela Lagarde (2000). La autora propone que el orden de género o el sistema patriarcal ha dañado a las mujeres. El daño no solo se refiere a la falta de acceso a recursos, sino sobre todo a su autoestima, es decir, a su subjetividad: a la posibilidad de las mujeres de aceptar y reconocer

sus propias habilidades y capacidades subjetivas y prácticas para vivirlas. Desde una perspectiva racionalista, del individuo responsable de sí mismo, esta condición se ha traducido en falta de autoestima, y se le culpa de no conseguirla a través de la filosofía *¡supérate a ti mismo!*, como la llama Lagarde.

La timidez, como parte de la estructura sentimental asociada al género, interseca con categorías como la raza, el estatus legal, la clase, el lugar de origen u otras, generando distintas experiencias y significaciones sociales. Andrea, por ejemplo, asociaba su timidez no solo a una socialización particular de género, sino además a una configuración de estereotipos raciales y de estatus legal interiorizados. Ella me comentaba que normalmente se sentía muy tímida, sobre todo alrededor de gente blanca:

Realmente no podría hablarles, sería como... pienso por un rato, no pensé... estaba tratando de luchar contra mis pensamientos de pensar que eran mejores que yo, y era como: "son mejores que yo", y creo que en cierto punto pensé: "ojalá no sintiera que ellos son mejores que yo, pero son mejores que yo". Como por mucho tiempo en mi vida (Andrea).

En este sentido, Andrea experimentó el cruce particular de discriminaciones de género, raza, origen y estatus legal que definieron no solo su experiencia en el mundo, sino también las emociones con las que se relacionaba consigo misma (poca valoración y estima de sí), las emociones permitidas hacia otros (admiración y miedo a los blancos), y las emociones que podía o no expresar.

Por acá es difícil no sentir que tienes que andar pidiendo disculpas, porque por largo tiempo, por largo tiempo fui como... fui muy como: "oh, perdón", con mucha gente. Todavía hago eso. Como, como que hago algo, y pido disculpas, por todo, y no me daba cuenta de por qué hacía eso y entonces me acordé, y entonces como que me di cuenta de que eso ocurre mucho, no sé, eso es algo que precisamente me hace ver como débil y vulnerable, siempre me siento así (Andrea).

Acá, en Estados Unidos —dice Andrea—, es difícil no sentirse cómo que una debe disculparse todo el tiempo. Su experiencia en la intersección de género, raza, origen, estatus legal y clase configuró la manera en que se sentía sobre sí misma. Como lo había mencionado antes, la timidez que sentía está relacionada con la percepción de un yo disminuido o débil, y de una deferencia hacia los demás que Andrea experimenta como una compulsión por disculparse todo el tiempo.

Aquí la timidez se presenta como expresión de una estructura emocional que configura las subjetividades y las relaciones sociales que las mujeres

migrantes pueden establecer, y que además, sutilmente esconde los mecanismos de violencia simbólica que las oprimen desde estructuras clasistas, racistas y sexistas detrás de una cualidad “individual” que ellas deben superar. En este sentido, Andrea me explicaba cómo, incluso después de controlar su timidez en algunos espacios, cuando se encontraba rodeada de gente blanca, la sensación de inferioridad empeoraba: “Pero yo solía... especialmente después de superar un poco mi timidez, empeoraba cuando había gente blanca, y yo me preguntaba por qué [...] no sé, pero estoy tratando de superarlo, no me gusta ser intimidada” (Andrea).

Estos mecanismos de violencia simbólica son invisibilizados y colocan a las mujeres en un lugar de culpa y responsabilidad, ocultando las estructuras y mecanismos que generan estas experiencias emocionales. Planteo que la timidez de género no solo debe ser vista como una característica personal, sino como una tecnología sentimental para marginar o excluir a estas mujeres (y tal vez a otros sujetos de género) de espacios, relaciones y experiencias particulares. En espacios de participación política, las coloca en desventaja en relación a los sujetos de otro género, raza u origen nacional.

## Timidez de género y movilización social

La cultura organizativa de las asociaciones de migrantes estaba muy influida por la cultura organizativa de Estados Unidos que valora sobre todo a los líderes carismáticos, elocuentes y desenvueltos. En este sentido, las activistas encontraban en su timidez uno de los obstáculos más importantes para participar activamente en estos espacios. Andrea, tras haber participado más de un año en ULI, decidió postularse como candidata para un puesto de coordinación (*officer*) que le permitiría elaborar planes y proyectos, y tomar decisiones, así como participar en las reuniones nacionales de United We Dream.<sup>6</sup> El puesto de *officer* se elegía en una votación general después de que cada uno de los candidatos ofrecía un discurso ante su electorado. Andrea perdió la votación. Reflexionando sobre ese momento, recuerda: “yo sabía que era porque soy muy callada, yo sabía... di un discurso realmente

<sup>6</sup> United We Dream es una organización nacional de DREAMers que conjunta pequeñas organizaciones locales ubicadas sobre todo en universidades a lo largo de Estados Unidos. Es desde esta organización nacional que se definen las estrategias y objetivos que guiarán las actividades a nivel local.

tranquilo y tímido, y entonces [...] como que eso me abatió, como que yo sabía que ellos nunca iban a... nadie... ni siquiera yo hubiera votado por mí" (Andrea). En cambio, fue un hombre —que ella describe como "un tipo realmente ruidoso y profesional"— quien salió electo para el puesto.

Las activistas sabían que en Estados Unidos solo se reconocía y valoraba a aquellas personas que lograban destacar del colectivo con una evidente confianza en sí mismos: "En la cultura de es país es mucho más probable que seas recompensada si te destacas y tienes confianza en ti misma. Sí... es siempre esta cosa de que yo era como... yo no soy así, de modo que me iban sacando poco a poco del movimiento" (Andrea). Lo que se esperaba de una activista en Estados Unidos producía tensiones frente a su deseo de luchar por sus comunidades, por sus familias y por sí mismas. No obstante, todas generaron estrategias para manejar esa timidez y convertir a las organizaciones de activismo migrante en espacios de subversión emocional. Siguiendo el caso de Andrea, después de perder la votación, decidió poner en marcha otro plan: "¡Quería complacer a la gente! Y la gente era como... '¿quién va a hacer el volante?' Y yo decía: '¡Yo!' Era muy... para compensar mi falta de notoriedad, me esforzaba demasiado haciendo otras cosas. Y se lo demostré, me volví la fotógrafa, de modo que sí, esa era mi forma de... sí" (Andrea).

Ante la imposibilidad de cumplir con las expectativas, las activistas resistían dichos regímenes emocionales desarrollando habilidades que les asegurasen reconocimiento dentro del grupo. Andrea en un momento dado llegó a ser *officer* y lo seguía siendo durante mi participación con ULI. Lo cual además me mostró cómo la gestión de la timidez no necesariamente significaba volverse ella misma una persona ruidosa y desenvuelta, pues seguía describiéndose a sí misma como una mujer introvertida. Sin embargo, ha habido una transformación subjetiva que le ha ido permitiendo reposicionarse frente a otros y resignificar su experiencia como activista, de modo que le es posible explotar otras habilidades para participar activamente.

Este tipo de habilidades permite que las mujeres se incorporen al grupo y construyan un espacio en el cual pueden luchar contra su propia timidez y lograr gestionarla. En la lucha contra la timidez, ellas atribuían su control y manejo sobre todo a tres elementos: el primero, al tipo de relaciones sociales y de afecto que construían dentro de las organizaciones. El segundo, al reconocimiento de sus logros y capacidades por parte de sus pares, de los aliados y de la comunidad. Y por último, el propio reconocimiento de sus capacidades, entre ellas, el reconocimiento de su propia voz como instrumento

fundamental para balancear y democratizar las relaciones de poder dentro de las organizaciones, y como herramienta política básica para expresar sus necesidades y exigencias.

No obstante, esto tampoco significa que hayan experimentado una transformación tal que resultara en la superación absoluta de la timidez. Muchas veces se enfrentaron a la necesidad de realizar nuevas gestiones emocionales (Ariza, 2017, Hochschild, 1983) que les permitiesen encubrir la timidez de género experimentada cuando se encontraban en una posición de menor reconocimiento y poder. En este sentido, ciertamente vivieron una experiencia de transformación en la cual, a través del reconocimiento y el apoyo de sus pares pudieron comenzar a reparar los daños y subvertir una estructura emocional impuesta a partir del orden de género; proceso que sin embargo no fue lineal ni unidireccional. Por el contrario, la batalla por controlar la timidez solo se ganaba algunas veces, en ciertos espacios y en ciertas relaciones.

Los lazos afectivos entre mujeres dentro de las organizaciones fueron fundamentales, pues las alentaron a explorar sus capacidades, valorar sus recursos y compartir sus opiniones. A Laura, por ejemplo, estos lazos la motivaron a enfrentar sus miedos y a ser menos tímida: “Quizá yo tenía esa necesidad de convivir con más gente por lo mismo de que me sentí sola mucho tiempo. Al empezar a formar las amistades, me fui haciendo... porque al final yo te puedo decir que yo, aunque no me creas, era una mujer muy tímida, desde niña, entonces, ha sido una lucha y un reto” (Laura). Igual que ella, para Andrea los lazos afectivos formados a lo largo del tiempo fueron los que le permitieron manejar su timidez:

Los integrantes de ULI son realmente extrovertidos. Pero solo lo hacen porque se sienten cómodos unos con otros, como que yo soy así cuando estoy en la ULI, pero no lo sería si estuviera con algún otro grupo con el que no hubiera construido una conexión. Solo soy así con ellos porque... Son gente que nos conocemos desde hace rato... Hemos pasado por un montón de cosas y esto es como... como si me sintiera cómoda haciendo eso, eso significa mucho, porque usualmente no puedo hacerlo con otra persona (Andrea).

Esto, a pesar de que antes de participar era tan tímida que la gente no podía escuchar su voz: “Soy [tímida], pero mucho, mucho menos de lo que solía ser, mucho menos. No podías ni oír mi voz, era terrible, realmente terrible. Nunca pensé que lo podría superar (Andrea). Al sentirse menos tímidas, pensando en las emociones como una parte del proceso subjetivo a través de la cual se

le otorga sentido a la experiencia social, la propia significación del contexto de participación política se transforma.

El compromiso asumido a partir de esos lazos afectivos era lo que la empujaba a controlar su timidez. Por ejemplo, Lucía comenta cómo para lograr los objetivos de la organización era necesario hacer algunas cosas que antes nunca hubiese pensado; entre ellas, acercarse a los medios de comunicación y hablar con extraños: “[y] bueno, tienes que ser aventada para las cosas y antes no era así, antes como que me daba mucha pena ¿no? [...] me he vuelto más este... Tengo más confianza en mí misma y pienso que tengo poder, como voz y voto de hacer cosas que antes, que pensaba que no podía hacer. Pero a la vez me siento como... bueno, pues me da eso tranquilidad” (Lucía). Lucía se sentía en eterna deuda hacia las *dreamers* que le ayudaron cuando ella las necesitó, por lo que se daba el tiempo y juntaba valor para hacer todas las cosas que se requerían. Su testimonio, como el de otras, me permite mostrar que ciertas emociones —por ejemplo, la timidez— permiten analizar las relaciones de poder y jerarquía. En este sentido, *ser una mujer tímida* en realidad se revela como un estado del ser construido en y a partir de relaciones de poder que reproducen la estructura del orden emocional, pero que en un proceso subjetivo de resignificación puede ser gestionado en términos de sentirse una misma en una mejor posición frente a otros: *sentir más confianza en sí misma*.

El compromiso que sentían con el grupo, asimismo, iba de la mano con el reconocimiento que recibían a sus labores. El apoyo y reconocimiento otorgado por otros —familia, comunidad, aliados, empleadores, entre otros— fueron fundamentales en los procesos de manejo de la timidez, en el fortalecimiento de la autoestima y en la configuración de una subjetividad activista migrante basada en el orgullo por encima de la vergüenza y el miedo que tenían estructuralmente por su posición como migrantes, mujeres e ilegales.

Este reconocimiento se expresaba de distintas maneras. Una era a partir del reconocimiento de la comunidad inmigrante de que estas mujeres eran nodos de información. Personas de su comunidad, conocidas o no, las buscaban para pedirles información o consejos sobre distintos temas relacionados con sus estatus migratorios. Esta posición en sus comunidades les dio una condición privilegiada, en términos de cómo se veían ellas frente a su comunidad, lo cual generó sentimientos de orgullo y confianza en sí mismas. Por ejemplo, constantemente recibían llamadas requiriendo información como la siguiente: “Detuvieron a mi esposo mientras iba



manejando y se llevaron su camioneta al corralón, ¿qué puedo hacer para recuperarla?”. En un caso como este, Cristina explicaba que ellas no podían ir a recuperarla, pues para sacarla de ahí era necesario mostrar una licencia, por lo que, si tenían una condición irregular, era necesario que juntaran el dinero de la multa y consiguieran que alguien *con papeles* les ayudara.

No obstante, este reconocimiento no fue siempre grato. En muchas ocasiones, las personas les llamaban para reclamarles que alguna de sus estrategias no hubiese servido, o que no hubieran ayudado lo suficiente. Esto generaba mucha frustración, cansancio y a veces vergüenza, lo cual complicaba el manejo de la timidez. Por ejemplo, en un taller de “Conozca sus Derechos” que Lucía facilitó, tuvo muchos conflictos con una pareja de compatriotas:

Hubo una pareja que nada más iba a fregar [...] “ay, es que nosotros queríamos esto y pues nunca nos ayudaron”; “ay, es que, ¿cómo le hacen?” [...] ¿Sabes lo que nos iba a reclamar ella? Que ella no tenía un documento para demostrar que su hijo había estado sentado jugando videojuegos durante el *summer* y no tenían un comprobante de que él había estado aquí en el país. “¿Cómo le hago?” Ese ya no es nuestro problema, señora, me daban ganas de decirle (Lucía).

Los cuestionamientos a su trabajo las hacían sentir que *nadaban contra corriente* y que las capacidades y recursos descubiertos en las organizaciones no eran valorados desde fuera. Esto es importante, en tanto que, como espacios privilegiados para la participación femenina, el tipo de relaciones y negociaciones que generaban en las organizaciones no necesariamente trascendían. No obstante, los momentos en que recibían reconocimiento a su labor eran, para ellas, muy emocionantes. Andrea, por ejemplo, nunca sintió apoyo por parte de su familia en su labor como activista, pero recordaba con entusiasmo el día que escuchó a su mamá repetir su información y defenderla ante otros miembros de su comunidad:

Y ella [la amiga de mi mamá] decía: “Ya hablé con el abogado”, y mi mamá le decía: “¡No! Necesitas informarte, ¡no puedes ir por ahí diciendo esas cosas! Yo sé, yo sé esto, mi hija trabaja con abogados de a de veras, y ellos le han estado diciendo, porque ellos saben de estas cosas”. Y empezó a hablar como si estuviera realmente orgullosa de saber esas cosas. Era como: “¡No! ¡Voy a escuchar lo que dice mi hija! Creo que ella sabe de lo que está hablando” (Andrea).

Esta fue la primera vez que Andrea escuchó a su madre hablar con orgullo de su trabajo como activista. Su madre la reconocía como una autoridad en estos temas, así como la calidad de la información a la que su hija tenía

acceso. Andrea contaba esta historia con lágrimas en los ojos y la recordaba como un punto de inflexión en su devenir como activista.

Esta transformación subjetiva estaba ligada a la legitimidad de su propia existencia y presencia en Estados Unidos. Como bien lo expresa Jaqueline, por mucho tiempo, por el hecho de no tener el “numerito” —el *Social Security Number*— sintió que no existía, que su valor estaba condicionado a la autorización de su estatus migratorio:

Piensas, crees que no tienes lo que allá [en México], que eres un ciudadano, vamos a ponerlo así, “ciudadano”, no te pelan, no te hacen caso, pues aquí menos, porque aquí no eres nadie, no existes. Para el sistema, no tienes un número que te haga válido, el número es el que te da el valor, un numerito. Aunque trabajes y pagues impuestos; si no tienes ese número de seguro social, no importas (Jaqueline, activista, 1ª generación, entrevista, diciembre de 2014).

No obstante, en su participación política con las organizaciones migrantes, Jaqueline, como otras, fue reconociendo su valía, y por lo tanto la legitimidad de su presencia y existencia. Esto ocurrió, como ya lo he mencionado, a partir de un reconocimiento simbólico conferido a través de la *buena información* que recibían en las organizaciones y que destacaba sus derechos en Estados Unidos como seres humanos; así, su irrupción colectiva en espacios simbólicamente limitados para ellas generó un proceso de apropiación y reconocimiento subjetivo potenciador.

En este sentido, por ejemplo, Jimena recuerda la primera vez que Irma, previa directora de La Coalición, invitó a los miembros de la organización a los debates de la legislatura estatal de 2011:

Lo que de verdad me impactó, y me quedé así, como que... dije: “¡Qué tonta!”, fue en una ocasión que me invitaron a participar en una... en un debate de la legislatura, en el Capitolio. Que yo no sabía que cualquier persona que quisiera podía entrar [...] Y cuando entras y ya ves así... así todo, todos los senadores y todos allí debatiendo. Y te sientas a ver y observar todo, eso para mí fue impresionante, porque créeme que nunca lo hice en mi país y aquí, eso a mí se me hizo súper interesante. Eso a mí me llamó muchísimo la atención (Jimena, activista, 1ª generación, entrevista, febrero de 2015).

Jimena se sintió *tonta* por no saber que ella podía entrar al Capitolio, y sobre todo, a los debates de la legislatura. Esto se narra como una entrada simbólica al proceso por sí mismo y como el reconocimiento de su presencia en espacios *oficiales* pese a su estatus legal irregular. Por primera vez observó la confección, transformación y negociación de las leyes que regirían su vida

y las de sus conocidos. Incluso sin documentos, Jimena se sentó a escuchar, a menos de tres metros de distancia, los argumentos de senadores a favor o en contra de leyes migratorias restrictivas y, en muchos casos, abiertamente xenófobas. Los discursos y la información que obtenía de La Coalición y de los medios de comunicación, tenían ahora una cara, un olor y una cercanía sin precedentes. Aunque ella no participó directamente a través de los testimonios, estuvo atenta tratando de comprender los puntos de vista de cada uno de los ponentes: “Ese día estuvimos como hasta las dos de la mañana escuchando [...] Me impresionó que podías ir, o sea, a lo mejor no participar directamente, pero escuchas todos los puntos de vista de todos los que están allí” (Jimena). Esta entrada simbólica al proceso político le hizo comprender que ella podía ser parte de ese proceso —si no en estos espacios de participación política formal, sí en otros más accesibles, acordes con sus intereses y capacidades—, pero, sobre todo, sintió el reconocimiento a su presencia y, al menos simbólicamente, una apertura a la voz de gente como ella a través de los testimonios.

Reconocer su capacidad de acceso le hizo reconocer sus propias responsabilidades para generar un cambio y obtener los derechos que le correspondían. Ahora sabía que los cambios eran posibles, aunque hubiera que luchar por ellos. De la misma manera, Jimena, tras esta primera experiencia de acceso, reflexionaba sobre sus propias posibilidades y responsabilidades para generar un cambio social y político. Se dio cuenta de que, si quería que las cosas cambiaran, era su responsabilidad luchar por ello:

Me di cuenta que yo no tenía por qué estar esperanzada y bien cómoda en mis otras cosas cuando era también mi compromiso hacer algo para... para beneficio de nosotros mismos [...] Cuando a mí me cayó el veinte de que... de que yo puedo, ¿por qué tengo que estar esperando que otra organización lo haga, o que alguien más lo haga? Si también es mi responsabilidad. Entonces, te digo, yo invertí tiempo, porque también tenía muchas cosas que yo hacía, porque yo sentí que esto era importante (Jimena).

Otro elemento fundamental fue reconocer que *tenían una voz propia*, la cual les daba seguridad no solo para realizar acciones políticas públicas, sino también para desenvolverse en su vida cotidiana. De esta manera, las organizaciones les han *ayudado* a desarrollar habilidades, como la *expresión*, que antes era inhibida por la timidez. Para Dulce, *tener una voz* significó, en una primera instancia, poder comunicarse con los demás, es decir, mejorar sus relaciones interpersonales:

Nosotras mirábamos fotos de antes y fue... empezamos a distinguir... porque no sé si lo has percibido, pero entre menos preparada esté una persona, más cohibida es. No tienes un tema de qué hablar, no tienes cómo iniciar una conversación, ¿qué te digo? Hay muchas, muchas cosas en las que no te desenvuelves cuando no tienes una cierta preparación. Y hasta nos reíamos Marichuy y yo, que nos sentábamos y estamos ahí bien cruzaditas de brazos, ahí nomás y así ni hablábamos, al principio yo nada más hablaba con la de al lado y ya. ¡Y no, ahorita no! (Dulce, activista, 1ª generación, entrevista, febrero de 2015).

Reconocer que tenía una voz estaba relacionado, sobre todo, con *tener cierta preparación* que te permite sostener una conversación con otros y ser desenvuelta. Para Dulce, *tener cierta preparación* no significaba ser muy conocedora de algún tema, sino sentirse segura de sí misma y de lo que ella tenía que ofrecer como una mujer con una historia de vida particular. Tener cierta preparación que te permite luchar por la autoconfianza significaba para Dulce reconocer tu lugar en la sociedad, tus derechos y tu valía. Así, esto se liga con procesos de identificación, en el caso de Dulce, como trabajadora doméstica:

Bastante he cambiado. Obviamente, desde que agarré este curso de trabajo me desenvuelvo más, tengo mucha más seguridad en mi misma. Me la creo yo que ya no soy nada más la que voy y limpio la casa, ya soy una doméstica, pero una doméstica que está luchando por algo, eso es lo que más me llena. O sea, no soy cualquier doméstica. No soy de las que nada más trabajan y vienen y se cruzan de brazos. No me importa si llego cansada, si tengo que hacer llamadas, si tengo que... Porque es parte de mis obligaciones. Y obligaciones por gusto, porque yo así lo quiero. Pero es... es, es algo muy diferente de... realmente soy otra (Dulce).

Asimismo, tener una voz significaba la posibilidad de expresar sus necesidades, sus derechos y sus exigencias, lo cual es vislumbrado como la principal estrategia política. Para Jimena fue importante descubrir y reconocer que ella, con su propia voz, puede y debe expresar sus necesidades, pues los agraviados son solamente aquellos que realmente pueden exponer su problemática:

Porque los anglos, por mucho que ellos quieren exponer tu problemática, ellos no lo han vivido y tú eres el que sabe, entonces tú... un anglo no puede decir que "yo he sufrido...", porque no lo ha sufrido, o sea, él va a decir tal vez lo que ha oído, y eso es lo que a mí me... me molesta mucho, que no nos demos cuenta de que nosotros tenemos que decir que no queremos que siga pasando (Jimena).

El proceso de reconocimiento de una voz propia ha sido también importante en los procesos de *democratización* hacia adentro de las organizaciones y de las negociaciones entre los distintos actores que en ellas participan. Tener una voz y confianza en sí mismas les permitía sentirse con la capacidad de exigir a sus compañeros, líderes o directores que actuaran de acuerdo con

lo planteado por las bases; que se responsabilizaran de sus actos y que respondieran a las necesidades de las bases.

Jimena, por ejemplo, comentaba cómo se había esforzado por hablar con el director de La Coalición para arreglar asuntos que sucedían dentro de la organización: “Y yo he hablado muchas veces con Daniel [...] se lo he dicho en todas las formas a Daniel: enojada, en buena onda, este... de todas las formas” (Jimena). Afrontar este tipo de tensiones o reclamos nunca es fácil para ellas; generalmente comienzan hablando *en buena onda*, tratando de no provocar conflictos, por lo que la mayoría de las veces lo hacen en reuniones privadas de uno a uno, y rara vez frente a otras personas, a diferencia de sus compañeros varones. Esta habilidad les permitía balancear las relaciones de poder que se dan en estas organizaciones, cuestionar las prácticas, apropiarse de los procesos en los que están participando, y revalorar sus recursos y habilidades sociales.

Los procesos de gestión de la timidez de género les han permitido, además de llamar a rendir cuentas a los propios líderes y compañeros, extender esta habilidad al espacio público, al expresar sus exigencias ante las autoridades y constituirse públicamente como mujeres activistas migrantes.

Es importante mencionar que, en las organizaciones, no se consideraba apropiado hablar sobre o desde las emociones. Estas no eran valoradas por las activistas al *hablar de política* y de los objetivos de las organizaciones, pese que fuese a través de ellas como se constituía el discurso de su devenir activistas. Este hecho no les permite articular una práctica política guiada por sus propias habilidades, en las cuales han sido socializadas (por ejemplo, al expresar, procesar y negociar emociones), y no por otras, impuestas desde lo masculino, lo cual demuestra que romper con los marcos simbólicos hegemónicos con los que interpretamos al mundo es una tarea siempre difícil.

## Conclusiones

El objetivo principal de este artículo fue analizar la timidez como un estado emocional dado por estructuras emocionales atravesadas por el género, que marcan relaciones de poder y de interacción específicas para las mujeres, y las organizaciones que pueden convertirse en espacios de subversión emocional contestataria al orden y a la estratificación social. Con esto en mente, planteo que el estudio de estados emocionales como la timidez es relevante para la comprensión de fenómenos sociales mayores, en tanto que su sub-

versión, negociación o reforzamiento configura nuevas formas de significar y ser-y-estar en el mundo.

Para contrarrestar la estructura emocional que constriñe la acción social, las activistas migrantes y sus organizaciones contaban con varios mecanismos subjetivos, no necesariamente intencionales, pero que generaron procesos de manejo y control de estas emociones al producir consecuentemente subversiones emocionales que permitían el agenciamiento y la reconfiguración de una subjetividad emancipadora. Entre estos mecanismos, los vínculos afectivos y las redes de apoyo (que no reforzaban sentimientos negativos de vergüenza o desvalorización) aparecían como elementos centrales en la transformación de la experiencia emocional y por lo tanto subjetiva. En términos de la timidez de género, las vinculaciones afectivas funcionaban en tanto mecanismos de reconocimiento del valor propio a través de los ojos de otros.

El análisis de emociones como la timidez de género se plantea como fundamental por su centralidad en relación con la capacidad de las activistas migrantes de integrarse al movimiento por los derechos de las personas migrantes, y por la importancia que tuvo para ellas su manejo y control. Perder la timidez de género fue una de las transformaciones internas más visibles y significativas para ellas.

Pese a que la timidez es una emoción tan presente en la vida de las mujeres, la antropología no ha puesto la mirada en ella y ha descuidado el análisis de una emoción que orienta la forma en que muchas mujeres se relacionan con su mundo social. Las activistas migrantes lograron subvertir una experiencia emocional estructurada socialmente de acuerdo con su género, que les permitió pensarse a sí mismas bajo otra luz y con distintas capacidades. La confianza en sí mismas como una reparación del daño en la subjetividad fue la emoción a través de la cual la vivencia fue significada de tal forma que las activistas migrantes pudieron relacionarse desde otra posición de estatus y de reconocimiento

Aun cuando existan otros mecanismos, de tipo más objetivo, como los planteados en otras teorías de los movimientos sociales (como las de encuadre o de oportunidad política), he tratado de transmitir la forma en que, para estas activistas, la transformación interior, en términos de una ganancia de estatus y poder en relación con su contexto, fue primordial.

## Referencias

- Ahmed, Sarah. (2015). *La política cultural de las emociones*. México: CIEG-UNAM.
- Ariza, Marina. (2016). Introducción. En Marina Ariza (comp.), *La sociología de las emociones como plataforma para la investigación social* (pp. 7-36). México: IIS-UNAM.
- Besserer, Federico. (2014). Regímenes de sentimientos y la subversión del orden sentimental. *Hacia una economía política de los afectos. Nueva Antropología*, XXVII, 1-252.
- Calderón Rivera, Edith. (2014). Universos emocionales y subjetividad. *Nueva Antropología. Revista de Ciencias Sociales* 81, 11-31.
- Castillo, Rocío A. (2017). *Subjetividades activistas. Las emociones en el movimiento por los derechos de las personas migrantes en Austin, Texas*. Tesis de doctorado. México: CIESAS
- Extebarria, Itziar. (2009). Las emociones autoconscientes positivas: el orgullo. En Enrique G. Fernández Abascal (comp.), *Emociones positivas* (pp.167-180). Madrid: Pirámide.
- Goodwin, Jeff, Jasper, James M. y Polleta, Francesca. (comps.) (2001). *Passionate Politics: Emotions and Social Movements*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Greco, Monica y Stenner, Paul. (2008). Introduction: Emotion and Social Science. En Monica Greco y Paul Stenner (comps.), *Emotions: A Social Science Reader* (pp. 1-21). Nueva York: Routledge.
- Hochschild, Arlie Russell. (1983). *The Managed Heart. Commercialization of Human Feeling*. Los Angeles: University of California Press.
- Jasper, James. M. (2011). Emotions and Social Movements: Twenty Years of Theory and Research. *Annual Review of Sociology*, 37(14), 1–19.
- Jones-Correa, Michael. (1998). Different Paths: Gender, Immigration and Political Participation, *International Migration Review* 89(4), 326-349.
- Kemper, Theodore. D. (2006). Power and Status and the Power-Status Theory of Emotions. En Jan E. Stets y Jonathan H. Turner (comps.), *Handbook of the Sociology of Emotions* (pp. 87-113). Nueva York: Springer.
- Lagarde, Marcela. (2000). Autoestima y género. *Cuadernos Inacabados*, 39, 1-18.
- Mancini, Fiorella. (2016). Emociones en riesgo: miedo, vergüenza y culpa en tiempos de incertidumbre laboral. En Marina Ariza (comp.), *La sociología de las emociones como plataforma para la investigación social* (pp. 193-240). México: IIS-UNAM
- Tejerina, Benjamín, Perugorriá, Ignacia, Benski, Tova, y Langman, Lauren. (2013). From Indignation to Occupation: A New Wave of Global Mobilization. *Current Sociology*, 61(4), 377-392.



## Entrevistas

Andrea: originaria de Guanajuato, México, generación 1.5, estatus legal DACA, participante en ULI y estudiante universitaria. Entrevistada en diciembre de 2014 y enero de 2015 en Austin, Texas.

Cristina: originaria de San Luis Potosí, México, 1<sup>a</sup> generación, estatus legal de residencia logrado en 2013, participante en La Coalición y trabajadora del hogar. Entrevistada en noviembre y diciembre de 2014 y marzo de 2015 en Austin, Texas.

Dulce: originaria de San Luis Potosí, México, 1<sup>a</sup> generación, estatus legal indocumentado, participante en MISMA y trabajadora del hogar. Entrevistada en enero y febrero de 2015, en Austin, Texas.

Jaqueline: originaria de la Ciudad de México, 1<sup>a</sup> generación, estatus legal indocumentado, participante en La Coalición y trabajadora del hogar. Entrevistada en diciembre de 2014 y marzo de 2015, en Austin, Texas.

Jimena: originaria de San Luis Potosí, 1<sup>a</sup> generación, estatus legal indocumentado, participante en La Coalición y trabajadora del hogar. Entrevistada en febrero y marzo de 2015, en Austin, Texas.

Laura: originaria de la Ciudad de México, 1<sup>a</sup> generación, estatus legal indocumentado, participante en La Coalición y con negocio familiar de limpieza doméstica. Entrevistada en enero de 2015, en Austin, Texas.